Zeitschrift: Panorama suizo : revista para los Suizos en el extranjero
Herausgeber: Organización de los Suizos en el extranjero
Band: 40 (2013)
Heft: 2

Artikel: Melómano y empresario
Autor: Papst, Manfred
DOI: https://doi.org/10.5169/seals-908423

Nutzungsbedingungen
Die ETH-Bibliothek ist die Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften auf E-Periodica. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Zeitschriften und ist nicht verantwortlich für deren Inhalte. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern beziehungsweise den externen Rechteinhabern. Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen sowie auf Social Media-Kanälen oder Webseiten ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Mehr erfahren

Conditions d'utilisation
L'ETH Library est le fournisseur des revues numérisées. Elle ne détient aucun droit d'auteur sur les revues et n'est pas responsable de leur contenu. En règle générale, les droits sont détenus par les éditeurs ou les détenteurs de droits externes. La reproduction d'images dans des publications imprimées ou en ligne ainsi que sur des canaux de médias sociaux ou des sites web n'est autorisée qu'avec l'accord préalable des détenteurs des droits. En savoir plus

Terms of use
The ETH Library is the provider of the digitised journals. It does not own any copyrights to the journals and is not responsible for their content. The rights usually lie with the publishers or the external rights holders. Publishing images in print and online publications, as well as on social media channels or websites, is only permitted with the prior consent of the rights holders. Find out more

Download PDF: 10.12.2025

ETH-Bibliothek Zürich, E-Periodica, https://www.e-periodica.ch

Melómano y empresario

Con la muerte de Nobs acaba una era. Este suizo francés, que en 1967 fundó el Festival de Jazz de Montreux para dirigirlo desde entonces, fue en todos los sentidos un fuera de serie. Un homenaje de Manfred Papst

Lo que más le gustaba era dar regalos en el escenario, como gigantescos ramos de flores o relojes suizos. Y cuando además podía hacer cumplidos a sus invitados en un inglés chapurreado durante toda su vida, se sentía como pez en el agua. Claude Nobs era un admirador nato y un genio para hacer amistades, pero también un astuto empresario y estratega. No sólo vivía de la música, sino también para ella. Aquel suizo francés tan menudo como inquieto fundó en 1967 el Festival de Jazz de Montreux, que dirigió estratégicamente hasta su intempestiva muerte el 10 de enero de 2013.

Durante decenios, los dieciséis días sagrados del mes de julio, que cada año atraían a unos 200.000 visitantes al lago Lemán, llevaban el sello de este empresario que, como hombre curioso, organizaba, además de los costosos programas en el auditorio Stravinski y en la sala Miles Davis, cientos de conciertos gratuitos en el recinto del Festival. Y si alguien le llamaba la atención, era posible que pronto actuara como invitado sorpresa en uno de los grandes escenarios.

El malgastado concepto de la carrera del lavaplatos designa en buena medida la trayectoria de Claude Nobs. Hijo de un panadero y una enfermera, nació en 1936 en Territet, cerca de Montreux, hizo un aprendizaje de cocinero y cursos de especialización en Lausana para ser «Maître d›Hôtel». Después trabajó como empleado de la Oficina de Turismo de Montreux – ¡precisamente como contable! Y sin embargo nunca le gustó el trabajo de oficina. Pronto empezó también a organizar conciertos. Su entusiasmo por el jazz, los blues y el rock le llevó a Francia y después a América. Recorría los clubs, hacía contactos, y con un gran encanto y descaro fue construyendo una red de contactos. En 1964 contrató a los Rolling Stones para su primer concierto en Suiza. Tres años después fundó con dos colegas el Festival de Jazz de Montreux. Para la primera edición tuvieron que conformarse con un presupuesto de 10.000 francos y no pagaron nada a sus colaboradores. Pero lograron traer a Suiza al cuarteto de Charles Lloyd, con el jovencísimo Keith Jarrett. ¡Un comienzo triunfal!

A lo largo de varios decenios, toda la élite mundial de la música contemporánea tocó en Montreux. El presupuesto del Festival aumentó a 17 millones de francos y su plantilla alcanzó los 1200 colaboradores. La mitad de los fondos procedía de la venta de entradas, el resto de ingresos adicionales. Las subvenciones apenas tenían importancia en los cálculos de Claude Nobs, cuya contribución fue inestimable para la región turística del lago Lemán.

Un archivo con 5000 horas de música

A medida que se hacía más famoso, el juvenil torbellino se fue conviertiendo en un „Gran Señor". Nobs vivía en una finca de ensueño en Caux, desde cuyas alturas se divisa el lago Lemán, rodeado de sus colecciones – trenes en miniatura, cajas de música, 42.000 LPs, cachivaches de todo tipo –, pero asimismo contaba con un gigantesco archivo sonoro y cinematográfico. Se grababa cada concierto del Festival, poco después con sonido e imagen, y siempre en la mejor calidad disponible, porque Claude Nobs también era un apasionado de la técnica. En sus catacumbas almacenaba más de 5000 horas de música del Festival de Montreux, muchas de ellas ya en formato LP, CD y DVD, pero aún queda mucho por recuperar.

En muchos sentidos se querría considerar a Claude Nobs un hombre feliz. Era amigo de todo el mundo, disponía de una increíble red de contactos, se movía en Nueva York tan fácilmente como en Tokio, y sin embargo era extrañamente inaccesible. Su inquietud creativa no le abandonó nunca, y le rodeaba un aura de suave melancolía. Siempre estaba pensando en el siguiente Festival y muchas veces no se daba cuenta de lo que pasaba en el presente. Sólo lo percibía a posteriori al verlo en un DVD, en el cine privado de su casa, con asientos de primera clase de la desaparecida Swissair, o en su barco.

Claude Nobs siempre viajaba con maletas llenas de soportes de sonido e imagen con grabaciones de conciertos de su Festival. Los regalaba como otros dan propina. Pero este hombre tan famoso no sólo miraba atrás. Incansable, siempre buscaba nuevos talentos.

Soberano y soñador

«Tengo que enseñarle algo», dijo en nuestro último encuentro, el verano de 2012 en el hotel Baur au Lac de Zúrich. Nobs abrió su ordenador portátil con una sonrisa intrigante. «Hay un guitarrista que se llama Andreas Varady, es eslovaco y sólo tiene catorce años. Le acabo de invitar a Montreux». En la pantalla aparecía la grabación directa no profesional de un concierto de músicos callejeros. El guitarrista era todavía un chico gordito con cara de pícaro y unas manos suaves y pequeñas. ¡Pero cómo tocaba! – ¡era fabuloso! Claude Nobs se puso a tararear, tamborileó el compás sobre el tablero de la mesa y se puso tan contento como el rey de las nieves. Quizá su mejor virtud fuera esa capacidad de entusiasmo.

A Claude Nobs le encantaba la exuberancia. De todo tenía más de lo que una persona corriente podría asimilar. Pero es que él no era corriente, era un soberano y un soñador. Y rodeado de unos cuantos espíritus fieles que le ayudaban y se ocupaban de su bienestar – generalmente hombres jóvenes que le admiraban desmedidamente –, movía desde Caux los hilos de uno de los festivales de música más importantes y de mayor éxito del mundo. Aquí era donde el salvaje embrollo de lo sublime y lo cotidiano, de lo armónico y lo estrafalario dejaba patente el gran sentido del humor y la ironía del patrón. Y cuando jugaba con sus tesoros, resplandecía entero. Delicadamente sacaba los viejos LPs de la estantería, se le despertaban recuerdos y sobre cada hallazgo siempre se le ocurría algo. En esos momentos parecía un niño feliz.

Claude Nobs flanqueado por la leyenda del soul americano, Solomon Burke (a la izquierda) y el músico americano de blues, B.B. King (a la derecha) el 4 de julio de 2005 en el Festival de Jazz de Montreux

Como melómano, Nobs era ávido y nada selectivo. A ciertos críticos su gusto les parecía sencillamente arbitrario. Pero no era tan fácil. Sabía muy bien diferenciar, pero quería terciar, tender puentes, aunar cosas extrañas. Un espíritu crítico no habría podido, pero Nobs logró integrar en un solo festival todas las facetas del jazz y del pop, del folk y los blues, mientras lo abría a atracciones de la música de todo el mundo, desde la India hasta Sudáfrica, desde los Balcanes hasta Argentina. Y todo eso no lo hizo por puro cálculo, sino porque le encantaba la música auténtica y buscaba contacto con personalidades creativas. Durante los primeros años lo hizo, como demuestran muchas anécdotas, con el descaro de la juventud, más tarde actuaba desde su posición de famoso y fuerte.

Un escenario repleto de estrellas

En las cuatro décadas y media de la era Nobs, el Festival de Jazz de Montreux cambió radicalmente. Los conciertos en el Casino tenían siempre un carácter comparativamente íntimo. El ambiente se mantuvo como en un club, y por tanto había un gran margen de actuación para sesiones informales de improvisación. En el auditorio Stravinski, con sus 3500 plazas, al igual que en la sala Miles Davis del nuevo Centro de Congresos, concebida para 2000 personas, es otra historia: allí la mayoría de los músicos llegaron ya muy pronto a Montreux con shows multimediáticos.

A veces se le reprochaba a Claude Nobs que el Festival de Jazz de Montreux se hubiera convertido desde hacía mucho tiempo en un evento puramente comercial en el que eran más importantes los promotores, las alianzas mediáticas y los vendedores de artículos de lujo que la propia música. En parte es cierto. Pero para ser justos hay que decir que Nobs apostó una y otra vez por una mezcla de música de amplio alcance y otra experimental. Y por supuesto, su pasión por la exuberencia se reflejaba a menudo en su programación. Sus amigos la llamaban cariñosamente la «ensalada Nobs». El non plus ultra parecían ser para él sus veladas Carte-Blanche y All-Star para músicos del calibre de Carlos Santana o Quincy Jones. Era feliz cuando lograba que hubiera el mayor número posible de estrellas en el escenario, y cuando además tocaba la armónica, su alegría se desbordaba.

Claude Nobs murió tras un accidente de esquí de fondo y 17 días en coma – permanecerá en nuestros recuerdos como un genial director de festivales. Uno al que visitaban espontáneamente Miles Davis y B. B. King. Por él vinieron a Montreux estrellas como Sting o David Bowie. Era un hombre consustancialmente cordial y extraordinariamente inteligente. Preparó cuidadosamente todo antes de despedirse, pero le echamos mucho de menos.

El 8 de febrero de 2013 hubo un concierto-homenaje a Claude Nobs, en el que tocaron grandes intérpretes, al que seguirán otros en Nueva York y Londres.

MANFRED PAPST dirige la sección cultural del periódico dominical NZZ am Sonntag.

Photo: Keystone